—¡Por Dios! dijo atolondrado con la sorpresa, ¿me habré metido en la casa de los locos?... ¿qué queréis, señores?....

Pero los gritos de *¡muera!* sofocan su voz, y cien manos coléricas se clavan en sus vestidos y lo arrastran hasta la encrucijada.

—¿Quién sois? ¡infame! le dice un hombre que tenía en el muslo una placa de cuero y un martillo en la mano.

—¡Ah! ahí esta el perro, lo ha matado, gritaban otros.

—¿Quién eres? gritan todos.

—¡Señores!.... yo soy un... soy Vilches.... tartamudeó el estudiante.

—No eres mal bicho, tú, asesino, replicó el otro; vas á ver lo que te pasa.... ¡á ver! continuó dirigiéndose á los asistentes, ¿no hay quién traiga una faja?

—Si, si, respondieron varias voces.

—Pero, señores, ¿por quién me han tomado ustedes, señores?.... yo no soy asesino de nadie.... yo....

—Aquí está el puñal, gritó un muchacho que venía corriendo á incorporarse en el grupo, y levantaba el brazo enseñando un cuchillo que todos miraron con asombro.

—¡Ah!.... dijo el vecino, oh ¿y está teñido en sangre...? pero no viene este maldito con la ronda? A ver la faja.

Se la dieron, y tomó á Genaro por un brazo para sujetarlo.

Entonces, la guitarra que Genaro había metido debajo de su capa, cuando se acercaron los vecinos, cayó al suelo remedando un gemido.

La turba respondió con silbidos; y aquel vecino que por su facha parecía un zapatero, blandió el martillo y dijo:

—¡Ah! roto ¿conque tú eres músico de la muerte? ya veremos como cantas en el *tablado*.

—¡Por Dios! señores, replicó el estudiante pugnando contra el zapatero que lo tomaba por los codos, por Dios que os habéis equivocado.... ¡os diré lo que he visto!.... yo he visto!.... al criminal....

—¡Eh! silencio, exclamó el zapatero, dándole con la rodilla un golpe brusco, si no te estás quieto te.. ¡demonio¡ ¿fuercesitas?... ¡por vida del diablo!...

Estas últimas palabras fueron porque el preso dió una vuelta desprendiéndose violentamente de los brazos que lo tenían sujeto y dando en tierra con el zapatero.

¡Desgraciado! aquello fué una señal que rompió el dique, y la multitud aumentada ya por nuevos curiosos que sin cesar llegaban, se arremolinó en torno de Genaro, y lo tragó en un torbellino de brazos y de imprecaciones.

En este momento llega Gregorio, seguido por una docena de auxiliares, el desorden se calma á los primeros culatazos, los vecinos abren paso al comandante, y este descubre por tierra á Genaro, con los vestidos desgarrados y la cabeza y el rostro llenos de sangre.

—¿Este es? dice al verlo.

—Sí, sí.

—¡Señor! replicó el estudiante, con los ojos llenos de lágrimas, mirad la injusticia de estos señores... estoy cierto que se han equivocado.... yo... ¿de qué me acusan?...

Galeana casi estrelló su cabeza contra el tronco; entonces un dragón realista le disparó el mosquete á quema ropa y le atravesó el pecho;....

Cap. 1.º-I.
¡Viva la América!

—Bueno, guarde las justificaciones para otra parte,—vámos.

—¡Fuera! gritaron todos.

Genaro fué colocado entre dos filas de auxiliares, y salió entre los silbidos y los apóstrofes obscenos de aquellas gentes indignadas.

Al salir de la primera calle, se oyó un grito. Volviéronse todas las miradas á una puerta, y se vió que una joven se desplomaba sin sentido.

Era Petrita.

XV.

Retrocedamos unas cuantas horas.

Dejamos al capitán Peñazas oculto y esperando que las sombras dieran paso al osado amante que conspiraba contra su interés y sus compromisos.

No pasaron diez minutos sin que se realizaran sus previsiones.

Al ver aparecer el bulto, sintió que la estrategia lo acariciaba con sus alas de fuego, y lo envolvía en un ósculo de triunfo, sonoroso como el estampido del cañon, y perfumado como la pólvora. Oprimió su garrote y adelantó una pierna.

El bulto se acercaba, ya estaba á dos pasos de distancia, ya lo tenía en frente, lijero, trémulo y hermoso como el venado.

Entónces recogiendo aquella voz estentórea que domina el tumulto de las batallas, gritó como á la cabeza de su columna.

—¡Adentro! y descargó el golpe sobre don Epitacio Aranda.

Este más bien por la sorpresa que por el dolor lanzó un grito.

—¡Indecente! dijole Peñaza, ¿cree usted burlarse de la justicia? de la justicia de un....

—¡Perdón! exlamó Aranda cayendo de rodillas.

—¿Cómo es eso? ¡pícaro! ¿ahora son los perdones?

Aranda, con la voz desfigurada por el terror, ó como suele decirse, ahogada por la sangre, tartamudeó:

—Déjeme usted... no lo niego... pero... le daré á usted como guarde silencio...

—¡Eh! ¡pillo!... calle la boca si no quiere que lo desgobierne á garrotazos... ¡perdón! y ¿de cuando acá la viene?...

—¿Es usted... Peñaza?

—Marche usted, cobarde; y se lo juro, el día que vuelva yo á escuchar su jaranita por estos contornos: el día que siquiera lo vea yo á usted por este sitio, le estrangulo. Marche usted, y no olvide que la palabra del capitán Peñaza es duradera como el bronce, fatal como las profecías, severa como... en fin, lárguese usted, y no me haga decir mas tonteras... lo dicho, dicho.

XVI.

Aranda conoció á pesar de su situación, que todo había sido un simple equívoco, y tembló al considerar lo próximo que estuvo á venderse. Apretó el paso, y llegó á su casa.

No tocó la puerta, sino qué, por esa perturbación que sigue al crimi-

nal y por ese miedo que es la previsión de un castigo, temió que el eco de los aldabazos despertase á la justicia, y solo gritó por el agujero de la llave con voz contenida.

—¡José!... ¡José!... ¡abreme!

Afortunadamente el portero no se había dormido, pues no hacía dos instantes que cerrara, después de despedir á una de tantas perdidas que lo visitaban en ausencia de su amo. Tomó la llave y abrió á don Epitacio.

—¿Hay luz en mi cuarto? dijo este.

—Sí, señor.

—Bueno.

Y se dirijió apresuradamente á su habitación, encerrándose en ella y arrojándose vestido en su lecho. ¿Cuáles fueron sus pensamientos? quisiéramos saber. ¿Qué diálogo sombrío tuvo allí en la soledad con su crimen, con su conciencia? ¿tuvo acaso remordimientos, ó fueron sofocados por el júbilo infernal de una venganza satisfecha? ¿Dios que castiga al delincuente con los fantasmas de su propia imaginación, no presentó acaso á los ojos de Aranda el grupo sangriento de sus víctimas, retorciéndose en las convulsiones de la agonía? ¿Acaso el delirio del crimen es seguido como el de la fiebre, por el estupor, ó hay hombres en quienes imperan los sentidos hasta el grado de sobreponerse á las emociones del alma?

Sea lo que fuere, falta de conciencia, ó de conciencia de la impunidad, Aranda se quedó dormido.

La luz del día pareció disipar los escasos temores de aquel hombre, que tomó su sombrero y se dirijió á la calle.

—¿Cómo, señor, va usted así? le dijo el criado.

—¿Cómo?...

—Lleva su mercé roto el pantalón.

—¿Adónde?... ¿por dónde?...

—Aquí falta completamente el pedazo.

—¡Ah!.... es cierto... ayer en la banca de la iglesia.... voy á mudármelo. ..

Aranda pocas horas antes, cuando entró en la huerta de Rosaura, fué atacado por el perro. Se sintió afianzado por detrás y sacudido con tal fuerza, que hubiera caído si el pedazo de pantalón no quedara en los colmillos del animal. Cuando este se abalanzó de nuevo sobre Aranda, cayó atravesado por el corazón apretando en su hocico el pedazo de trapo con la postrera convulsión de la cólera.

Aranda se mudó pantalón; además, se lavó la cara, humedeció y asentó sus cabellos, y dando á su semblante un aire de indiferencia casi sospechoso, marchó á la calle para recojer algunas observaciones importantes.

Caminaba por la calle que se conoce hoy por la de Cordobanes, casi desierta en esas horas, cuando oyó le gritaban :

—¡Aranda!

Volvió el rostro naturalmente, y no vió á nadie. Sintió que un soplo helado pasaba por todo su cuerpo, y apretó el paso.

La voz volvió á oirse.

—¡Aranda! espérame.

Tuvo valor aun para mirar hacia atras,—no había nadie,—allá muy léjos una mujer pobre regaba su puerta con un cántaro.—Ni el ruido del agua se escuchaba,—antes todo la voz era de hombre.

—¡Bah! se dijo, vengo preocupado. Pero la voz sonando por tercera vez, se encargó de desmentirlo.

—¡Aranda¡ repitió, pero no con el mismo tono que había empleado unos momentos antes, sino con el tiple, burlesco, aflautado, diabólico que recuerda una noche de carnestolendas.

Aranda creyó que Satanás lo seguía regocijado, ó que un génio vengador arrojaba su nombre al viento para que lo recogiera la justicia indignada.

Se detuvo apoyándose en la pared con una mano, y con la otra enjugando el sudor frío que corría por su frente.

Dejóse oir entonces una carrera, y poco después sintió que lo abrazaban por la espalda.

No se atrevió ni á dar un grito, y escondió su cabeza en el embozo de la capa.

XVII.

Volvamos á Genaro.

Inmediatamente se entabló el juicio.

Aquel hecho que horrorizaba á la sociedad, y cometido en un tiempo tan infecundo en novedades, llamó sobre sí la atención, y concentró la actividad de los jueces, que sentenciaron en su corazón desde antes de escuchar al acusado.

Nunca se había presentado tan inflexible la opinión pública.

Todos esperaban una sentencia de muerte, y la opinión cuando espera, manda, y cuando manda constriñe, y no resisten ni los tiranos, y mucho menos los representantes de la opinión misma.

Oyose á diez y seis testigos que declararon haber visto al acusado escondido en la huerta y con el puñal en la mano.

—Señor, dijo el joven ofuscado ya ¿por donde entré? la puerta del jardín estaba cerrada con llave ; ¿cómo yo mismo había de cerrarla cuando era el camino de la salvación?

—Por eso mismo, replicó el juez, no se cree que haya estado cerrada.

—¿Y no lo está? señor...

—No señor, el señor escribano y los testigos que la reconocieron, han visto corrido el pasador por fuera de la hembrilla.

—Eso no es cierto... perdone usted señor... ¿cómo no pude yo abrir esa puerta?..

Esta respuesta demasiado natural, levantó un murmullo en el circulo de los testigos, y hasta el juez creyó que el acusado se vendía.

Genaro paseó por aquellos frios espectadores una mirada de amargura.

No faltaron algunos que se compadecieran y dudaran al ver aquel rostro juvenil, tan lleno de honradez, de belleza y de martirio.

El padre de Petrita declaró que había dado un garrotazo al acusado aquella misma noche, y que observó en la conducta de aquel

joven un cambio tan notable, que bastaba para maliciar el crimen.—Que sabiendo por buenas lenguas que el estudiante era valiente y pendenciero, no le parecía natural aquella sumisión, aquellas palabras de perdón, y aquella huída tan rápida.

Algo desconcertó á los jueces la declaración de Peñaza, pero la negativa de Genaro, la reputación de charlatan y mentiroso que tenía el testigo, y sobre todo, lo que ya no era dudoso para nadie, el hecho de haberse hallado al acusado escondido y con el puñal ensangrentado *en la mano*, volvía á colocar la cuestión en un punto de vista siempre fatal al estudiante. La verdad que este repetía siempre, sin discrepar en la más mínima circunstancia, se tuvo por un cuento, y su tal cual reputación de inteligencia no sirvió sino de hacer que sospechasen todos un plan bien combinado, y encubierto hábilmente bajo el pretexto de una cita amorosa.

Dejóse al reo la libertad de escoger un defensor, y este oficio sublime recayó en un joven abogado recibido hacía poco, y de una gran reputación por su carrera llena de exámenes brillantes. Era lo que en aquel tiempo se llamaba con cierto desprecio *un indio*. Tendría veinticuatro años. Se llamaba Ramiro Galvan Puebla. Conocémosle por un retrato que se halló entre las ruinas de una casa de Cuautla, después del sitio de Calleja. Todos los descendientes de Ramiro quedaron sepultados con aquel retrato.

El busto del licenciado es la expresión mas elocuente de una capacidad gigantesca. Su rostro, de color oscuro, parecería feo á los ojos de un muchacho malcriado, y horrible á las miradas de una vieja voluptuosa; pero nada más bello para un observador despreocupado, que aquellas pupilas relumbrantes como las chispas de esa hornaza de la inteligencia. Nada más bello que aquella frente espaciosa, velada por una sombra de filosófico desengaño; que aquella nariz algo incorrecta, pero dejando libre con su ligera desviación una mirada oblícua, profunda como el cálculo, severa como la justicia, y punzante como el epigrama; nada más bello, en fin, que aquel labio dispuesto con una sonrisa indescifrable, que parece tan pronto á derramar palabras de benevolencia, como chistes irresistibles, como los grandiosos oráculos de la sabiduría. Al abarcar el conjunto de aquel rostro se adivina el saber de Tácito, la estóica imperturbabilidad de Quilón, la elocuencia de Demóstenes, el patriotismo de Catón y la sarcástica pobreza de Diógenes.

Nada resta de su defensa, que debe haber sido el modelo de la improvisación forense. El padre de un personaje que debemos conocer más tarde, nos dice en un apunte que el Lic. Puebla pronunció su discurso *de memoria*. Equívoco no estraño en esos tiempos. Añade que fué muy aplaudido, y que añadiendo á su elocuencia una costumbre de los oradores romanos, llevó ante los jueces á la anciana madre de Genaro, bañada en lágrimas y tendiendo sus manos temblorosas para implorar el perdón de su hijo, amor de su alma y único apoyo de su indigencia.

XVIII.

Jamás se vió en los trámites una rapidez tan amenazante—á los quince días la causa rodó por las gradas de la audiencia, envuelta en un crespón de la muerte.

Cuando el escribano leyó la sentencia el estudiante cayó al suelo.

El escribano palideció, y al salir exclamó, poniendo una mirada paternal en el semblante de Genaro:

—¡Pobre joven! juraría yo que es inocente... ¡imbéciles!... Genaro fué puesto en capilla.

XIX.

Era un domingo. Varios peones rodeados de curiosos cavaban enfrente á la casa del artista unos profundos hoyos donde debían colocarse las vigas de un cadalso; más allá los carpinteros disponían á toda prisa este horrible dosel de los ajusticiados.

El barrio estaba casi alborotado como en la proximidad de una fiesta. Veíase cruzar á los vecinos en todas direcciones, y asomados á todas las puertas y ventanas; y los ahullidos de los muchachos se confundían en los aires con los gritos de los vendedores, el golpe de los martillos, el ladrido de los perros y el sordo murmullo de la muchedumbre.

Aquel zapatero que hemos visto en la huerta como el representante del vecindario, se hallaba á la sazón conversando con un compañero. Este decía:

—Vaya compadre, será casualidad.

—No lo es compadre. Hace tiempo que estoy caluñando aquí en mi inteligencia, y yo sé lo que digo.

—¿Pero qué... usté cree que á ser el criminal, no estaría por lo menos á cien leguas de México?

—Pues por vida mía, compadre, que si yo no digo lo que veo me condeno. Mire usté el trapo y cotéjelo; si no es de allí quiero que me...

—Sí, se parece.

—Es el mismo... ¡ah! allí va el señor don Puebla... y no he costeado los zapatos... ¡eh! señor, señor licenciado...

—¿Quién es?

—El señor Puebla... yo se lo digo.

En aquel momento el defensor de Genaro llegaba al sitio del suplicio, para dar por sí mismo á los trabajadores la órden de suspender la obra. Fiado en que el tiempo arroja en sus espumas, con el cadáver de las víctimas, el nombre de los asesinos y la justificación del inocente, logró aplazar por cuatro días la ejecución, prometiendo presentar una prueba irrefragable de inocencia, aunque allá en sus adentros desesperaba de encontrarla.

—Amigo no hay función, díjole al zapatero cuando lo tuvo cerca.

—¿No hay, señor?

—Por ahora todavía no.

—¿Se ha descubierto al delincuente?

—¿Al delincuente?... pues usted mismo no dice...

—Ya no digo nada.

—Con razón.

—Con razón, sí señor... tengo que decirle á usté una cosa—¡eh! compadre, añadió el maestro dirigiéndose á su primer interlocutor, ojo al Cristo, por vida de su señora madre.

Después llevó al abogado á varios pasos de la puerta, y le dijo:

—Mire usté este trapo, señor.

—Bien.

—Mire usté aquel sujeto de la banda encarnada.

—Bueno, le falta en la nalga este pedazo de trapo.

—Bien, señor; pues este trapo ¿sabe usté dónde lo cogí?

—De donde falta...

—No señor... estaba en el hocico del perro, del perro que estaba muerto en el jardín.

—¡Silencio! dijo el abogado palideciendo, ni una palabra, ni un signo siquiera... siga usted á ese hombre dísimuladamente, y avíseme donde entra... ¡cuidado!... á ver ese trapo; usted tendrá una buena recompensa.

XX.

Hemos dejado á Aranda en una situación que no creemos necesario recordar á nuestros lectores.

Aquellos brazos que le parecieron los del artista no eran sino de un andaluz jugueton que acostumbraba ciertas chanzas con sus compañeros.

Mucho trabajo le costó celebrar el chiste, y fué su sonrisa tan forzada, que el andaluz le dijo:

—¡Bah! ¿te has picado?...

Conversaron un rato, y Aranda se retiró á su casa llevando aún el temblor del susto y de la cólera. Entró de prisa, y sin saber lo que decía, dijo *si* al portero que le pedía su *pantalón viejo*.

El pobre portero le pegó un remiendo de otro género, pues del mismo no pudiera encontrarlo sino en los cajones ó en la bolsa del señor Lic. Ramiro Galvan Puebla.

XXI.

No engañemos la benévola atención del lector. Aquel trapo fué el acusador de Aranda.

La misma noche de aquel fatal domingo en que Genaro debía ser ajusticiado, Aranda y su portero comparecían ante los tribunales y el venturoso estudiante regaba con lágrimas de regocijo la frente de su madre y las manos de su defensor.

Tres días después el cadáver de Aranda pregonaba desde la horca la justicia de Dios y la vindicta pública.

Genaro adoptó como hijo suyo al hijo de Rosaura, que sobrevivió á las heridas.

La audiencia le entregó los pobres bienes del artista, Peñaza le dió satisfacciones, Petrita su cariño y Ramiro Puebla sus cátedras.

Es fama que aquella horrible calle, abandonada por casi todos los vecinos, fué el sitio de apariciones nocturnas. Se dice que los gemidos de Rosaura salían á las doce de la noche por las oscuras ventanas de su casa, y que Aranda recorría el solitario recinto de la huerta, perseguido por los ahullidos de un perro negro.

Nosotros sabemos que esa calle, donde una pobre joven sufrió la doble muerte de la esposa y de la madre, pidiendo inútil perdón en la mirada suprema de la agonía, tomó el nombre que se conserva en nuestro tiempo.

Hoy la llaman: *calle de la Amargura.*

CAPITULO IV.

Un escrúpulo de conciencia.

I.

Era un alguacil.

Se llamaba Francisco Trinidad Lupe Churrigay y Bobadilla, nombre no extraño por aquellos tiempos en que el virrey se llama don Fray Antonio María Bucareli y Ursúa, y un confesor suyo don Fray Pelagio Trinidad Júdas Obregon Casamata y Rivadeneira. Son un verdadero suplicio estos nombres para el que, á falta de poesía en el pensamiento, quisiera ponerla en las palabras.

Pasemos adelante.

Francisco realizaba la figura de don Quijote. Si su rostro enjuto, su larga y afilada nariz, su mostacho entrecano y su gallarda flacura se adunaran con el arrojo del manchego, no hiciéramos mas que trasladar aquí, con el nombre de nuestro humilde personaje, las elegantes líneas donde Cide Hamete Benengeli retrata al más gentil y esforzado caballero que hubo en los siglos.

Francisco era muy pobre.

El único tesoro que poseía en la tierra era sus hijos y una esposa, que lo idolatraba con las ilusiones de los quince años y la fuerza majestuosa de los cuarenta y nueve, Desideria, no despreciable allá en su mocedad, gran partidaria de los españoles, y cristiana vieja, más cristiana que el mismo Jesucristo.

Francisco tenía un corazón demasiado sensible á los encantos del bello sexo; y esta inclinación tan natural del alma humana, fuente de las nobles acciones y principio y fin de todo lo creado, era considerada por su esposa como la inspiración de todos los demonios conjurados para perderla.

Otro defecto, menos fecundo en resultados trágicos, pero sí en pequeñas incomodidades y en peligros para el nombre de los Bobadillas, era la costumbre que el alguacil tenía de buscar el consuelo de sus penas (que en obsequio de la verdad eran frecuentes), conversando solo en la taberna de un compadre suyo, enfrente de una copa que se vaciaba y se volvía á llenar como por encanto.

Sin embargo, aquellos pasatiempos no quedaban impunes. Cuentan